Conversación con Joan Garcés

España, Europa, Estados Unidos

Jaime Millás

LICENCIADO en Derecho por la Universidad de Valencia y en Ciencias Políticas y Económicas por Madrid, doctor en Ciencia Política por la Sorbona. Su trayectoria se inicia como profesor visitante en la Escuela Latinoamericana de Ciencia Política de Santiago de Chile (1967), Universidad de los Andes de Bogotá, Lovaina y la Autónoma de Madrid (1970). Durante varios años ejerce en las Naciones Unidas como experto en desarrollo social. Desde diciembre de 1973 obtiene el título de profesor investigador titular en París. En Chile integra la docencia al compromiso político de trabajar para Salvador Allende durante la campaña electoral y para Unidad Popular. En mayo de 1974, François Mitterrand le incorpora a su equipo técnico durante la campaña de elecciones a la Presidencia de la República.

Profesor y político confluyen en las diversas publicaciones que ha lanzado al mercado. Destacan "Desarrollo político y desarrollo económico" (Tecnos), "Allende y la experiencia chilena" (Ariel), "El Estado y los problemas tácticos en el Gobierno de Allende" (Siglo XXI), libros que se encuentran traducidos en varias lenguas.

Joan Garcés, valenciano de Liria, nacido en 1944, tras su periplo por Europa y Sudamérica, participa en la política española. Al constituirse el Partit Socialista del País Valencià (PSPV), en proceso de convergencia, es nombrado miembro de su Secretariado. Desde la Federación de Partidos Socialistas (FPS) dirige la relación del llamado socialismo no sucursalista respecto de los países extranjeros, como delegado de asuntos exteriores.

La conversación no ha podido salir del ámbito específico de la cuestión europea. Joan Garcés ha preferido postergar declaraciones sobre su práctica política actualmente en España por considerar que carece todavía de la perspectiva sociológica que exige el juicio científico. La unidad del socialismo en España, la política valenciana y otras cuestiones han quedado emplazadas para otra ocasión.

• • •

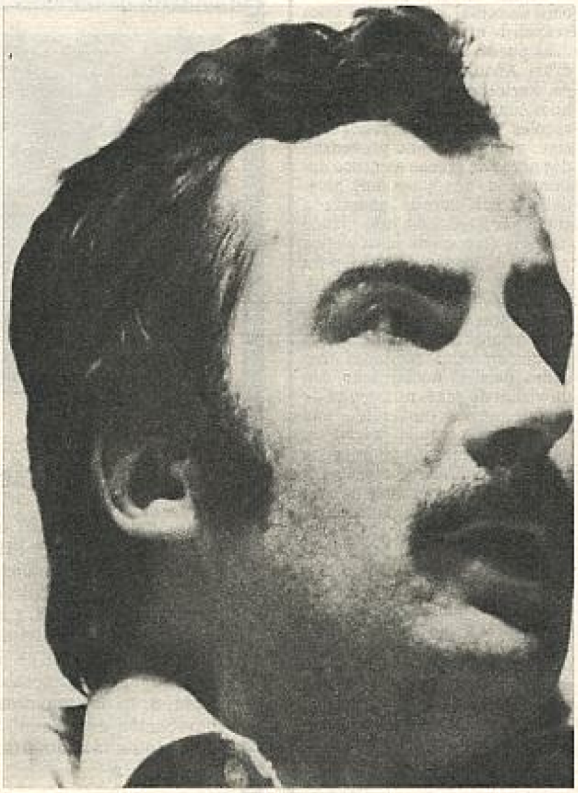
Jaime Millás.—En las relaciones internacionales actuales parece que Europa está tratando de encontrar una unidad que la convierta en la tercera potencia independiente de la bipolaridad norteamericana y soviética que ha determinado su evolución en las últimas décadas. ¿Es cierta esta pretensión europea desde la óptica de las investigaciones políticas que realiza actualmente?

Joan Garcés.—En Europa no se está consolidando ningún bloque de países con capacidad de poder diferenciado respecto de los países socialistas y de Estados Unidos. Europa, como potencia política, económica y militar independiente de Estados Unidos, no existe. La segunda guerra mundial fue ganada sobre el territorio europeo por dos potencias: la Unión Soviética y Estados Unidos. Y las tropas soviéticas y norteamericanas continúan situadas en Europa más o menos en la misma demarcación que al término de la segunda guerra mundial. Y detrás de las fuerzas de ocupación militar americanas llegó el gran capital, el Plan Marshall, a partir del cual se llegó a una reactivación de la economía de los países de Europa Occidental, pero inmersos en unas estructuras de relaciones internacionales en las que el centro no es Europa, sino Estados Unidos. Y desde entonces hasta la fecha, las relaciones de dependencia del mercado europeo respecto de Estados Unidos no han cambiado, sino que incluso se han incrementado en los sectores más dinámicos, como las finanzas, empresas de tecnología más avanzada, etcétera.

J. M.—Sin embargo, el general De Gaulle tuvo actuaciones políticas bastante claras en este punto, hecho que le convirtió en líder de una Europa independiente.

J. G.—El gaullismo histórico nace con una firme voluntad de independencia del poder anglosajón. Pero el gaullismo fue derrotado incluso en vida del general De Gaulle, cuando renunció al Gobierno tras perder un referéndum (1969). La política francesa actual es la de una reinserción en las estructuras políticas y económicas norteamericanas. En este sentido, el proyecto gaullista fue vencido por la correlación de fuerzas internacionales, e incluso fue vencido en Francia en la medida en que la derecha francesa no ha hecho frente a la subordinación de su economía a la de Estados Unidos.

J. M.—Entonces, ¿cómo articular esta independencia con relación a los Estados Unidos, ya que los antecedentes históricos existentes no ofrecen resultados reales?



"Europa como potencia política, económica y militar independiente de los Estados Unidos no existe".

J. G.—La única manera de concebir una Europa Occidental política, económica y militarmente diferenciada de Estados Unidos es en la medida en que estos últimos sean distanciados de Europa, no en el sentido de interrumpir toda relación comercial, sino de cambiar los términos de la relación actual de dependencia por otros de igualdad, recuperando para Europa el centro de control de sus decisiones, así como de los instrumentos militares o de otra índole que permiten tomarlas. Pero esto no lo puede hacer la derecha o la burguesía, que dependen de Estados Unidos. Sólo lo pueden hacer las fuerzas populares. La burguesía europea, en competencia con el socialismo soviético y movimientos revolucionarios del Tercer Mundo, necesita del respaldo de Estados Unidos, a cambio del cual le cede el liderazgo mundial e incluso el liderazgo sobre los países europeos. La única forma de transformar esta situación consiste en que las coaliciones que integren el poder tengan una voluntad socialista, es decir, anticapitalista.

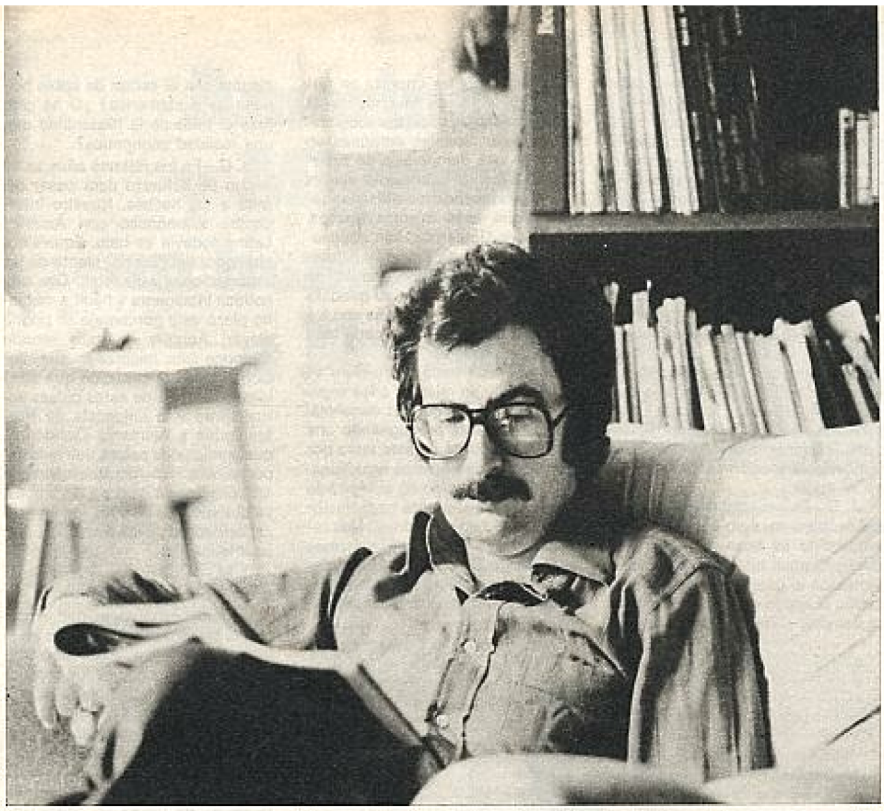
Unidad política, unidad económica

J. M.—¿Acepta la existencia de una unidad europea occidental de tipo económico, unidad que permitirá la puesta en marcha de la unidad política en breve plazo?

J. G.—Es una unidad económica que tiene más de unidad aduanera que de auténtica integración económica. Porque, por un lado, dentro de esta unidad están las empresas norteamericanas con un "status" privilegiado. En segundo lugar, la relación de intercambio económico con Estados Unidos es de tal envergadura, que Europa está indefensa para protegerse de las consecuencias negativas que sobre ella han originado los graves desequilibrios norteamericanos. Norteamérica ha estado exportando a Europa su déficit comercial de los años sesenta, su inflación, y esto es lo que ha acarreado el deterioro de las monedas europeas, con excepción del marco alemán, y la vertiginosa alza de precios. La denominada unidad económica europea actual no es independiente del predominio americano, sino que lo presupone.

J. M.—Pero, a pesar de esta dependencia económica, hay sectores que opinan que es posible tomar decisiones políticas autónomas en el futuro Parlamento europeo.

J. G.—La misma unidad política a que pueda llegarse en el Parlamento europeo que surja del sufragio universal después de mil novecientos setenta y ocho es bastante improbable que vaya muy lejos mientras su poder aglutinador se encuentre fuera de Europa, en Es-



"Las relaciones españolas con el actual Mercado Común y las fuerzas que lo dominan deben ser estudiadas y discutidas para no acentuar más unas relaciones de intercambio perjudiciales a nuestra economía".

tados Unidos. Las decisiones reales no se toman de manera independiente. Un ejemplo: en Italia se especula mucho sobre las posibilidades de gobierno del Partido Comunista. Pues bien: es tal la influencia económica y militar de Estados Unidos, que los comunistas italianos no tienen más remedio que afirmar que tendrán que gobernar manteniendo fundamentalmente las relaciones con la economía capitalista y dentro de la estructura militar de la OTAN, organización que nació con un carácter marcadamente antisocialista. Y, además, el canciller socialista alemán, Schmidt, dice que no basta con estas buenas intenciones y propósitos, y que de gobernar los comunistas van a bloquear financieramente a Italia desde Europa Occidental, con el acuerdo de Estados Unidos. En estas circunstancias, ¿qué posibilidades tiene el pueblo italiano para legalmente, democráticamente, darse su propio Gobierno? Es cierto que habrá un Parlamento europeo elegido por sufragio universal, pero hay que pensar que mientras no se modifiquen las presentes estructuras no aportará un cambio cualitativo a la política europea, porque los otros presupuestos no se dan, o mejor dicho, mientras no se den los otros presupuestos.

Izquierda en el poder

J. M.—¿No puede modificar sustancialmente este sistema de relaciones la llegada al poder de las izquierdas en varios países de Europa Occidental? Por ejemplo: en Francia, el eventual triunfo electoral del programa de la izquierda, y en Italia, la puesta en marcha del rodaje político del compromiso histórico de los comunistas.

J. G.—Podría cambiarlo si esos Gobiernos primero llegan a instaurarse; segundo, si llegan a consolidarse, y tercero, en la medida que tengan capacidad de replantear sus relaciones con los países socialistas de Europa, con los del Tercer Mundo y con Estados Unidos. La Europa Occidental no tiene mayor destino en la Historia en la medida en que continúe siendo capitalista. Aún más: está condenada a ser la penúltima ciudadela del capitalismo internacional que va a ser desbordada por las nuevas fuerzas socialistas y tercermundistas. Esto puede tardar equis años. Nadie lo sabe. Europa sólo será capaz de encontrar un nuevo dinamismo histórico si es capaz de cerrar el paréntesis de expansión imperial y colonizadora que abrió en el siglo quince. Esto sólo lo puede hacer una Europa realmente socialista.

J. M.—¿Esta nueva Europa hay que construirla con la Europa del Este o a partir de las nuevas realidades políticas que ya se están dando en algunos países de Europa Occidental?

J. G.—Habrá que partir de la realidad inmediata más tangible. No cabe duda que más pronto o más tarde los países del Oeste se encontrarán al recorrer su camino con los países del Este y tendrán que establecer nuevas modalidades de convivencia entre las diversas comunidades europeas.

J. M.—La actual política de los partidos comunistas en Francia, Italia y España en torno al eurocomunismo, ¿marca un distanciamiento de la política soviética que progresivamente será mayor? ¿Cuál es el papel de esta fuerza política en una Europa socialista?

J. G.—Esa Europa socialista no puede ser resultado único de los partidos comunistas, sino de estas y otras fuerzas que hoy no se llaman comunistas y que en el futuro es de esperar que se incorporen a esta nueva dinámica, incluidos sectores liberales y demócratas en términos genéricos, que hoy están perfectamente implicados en las coordenadas europeas, pero que podrían entrar en unas nuevas de carácter socialista. La independencia de estos partidos comunistas en relación con la Unión Soviética es un factor que contribuye a que se replantee en términos nuevos la definición de los caminos internos y externos de los países occidentales. Y no olvidemos que esta independencia no se desarrolla en contraposición o en confrontación con la Unión Soviética. De manera que este fenómeno no presupone que en diez o quince años existan relaciones de conflictividad entre estos partidos comunistas. Una cosa es la voluntad que manifiestan en Francia, Italia y España de tomar sus decisiones de acuerdo con sus análisis y otra es partir en guerra contra la Unión Soviética.

J. M.—¿En qué país de Europa la influencia americana es más determinante?

J. G.—El país que hoy más se identifica con la política internacional norteamericana, por identidad de intereses, es Alemania Federal.

J. M.—¿Está interpretando Alemania Federal un nuevo imperialismo europeo, está colonizando otros países europeos? ¿Estados Unidos está colonizando Europa a través de Alemania Federal?

J. G.—No emplearía el término de colonizar, sino la búsqueda de una hegemonía sobre el conjunto de Europa Occidental. Hegemonía que actualmente es económica y busca la vía para convertirse en política. Y todavía no lo es militar porque no hace falta, ya que la identificación con la política militar de los Estados Unidos, la presencia de sus tropas, la hacen innecesaria. Ha logrado la hegemonía económica con el respaldo de los Estados Unidos, por supuesto.

Papel de una España democrática

J. M.—En esa nueva Europa integrada por fuerzas populares, independiente de Estados Unidos, en camino hacia el socialismo y no imperialista, ¿qué puede aportar una España democrática?

J. G.—Pues aquello que las fuerzas sociales dominantes dentro de España pueden aportar. ¿Qué significa una España democrática? ¿Qué clase social o qué bloque es hegemónico en esa España democrática? Si es un bloque similar al neocapitalista liberal, vinculado a Estados Unidos, como el de Italia y Francia actuales, aportará una democracia burguesa. De esta forma España no aportará nada nuevo, se pondrá a la cola de los países más avanzados de Europa. Si esa España democrática la definen con un bloque social en el poder con voluntad de diferenciación respecto de la economía capitalista y Estados Unidos, entonces es distinto, porque podría aportar un nuevo elemento importante en la correlación de fuerzas europeas, al alinearse con fuerzas que existen y están pugnando en Francia, en Italia y en otros países por replantear una nueva Europa. No basta con decir una España democrática, hay que definirla en términos sociales, en términos internacionales.

J. M.—¿Y cómo la define usted? Hasta ahora hemos hablado de hipótesis, pero no hemos hecho ningún juicio sobre la España actual.

J. G.—Una España políticamente democrática, pero que se alinee en una posición atlantista y se integre a la dinámica capitalista del Mercado Común, no aporta a Europa ninguna fuerza renovadora. Una España democrática que tenga la capacidad de luchar, de pugnar por liberarse del control militar de Estados Unidos, empezando por las tropas y bases extranjeras que se encuentran en nuestro país, que tenga la voluntad de integrarse a Europa, pero mediante una integración compatible con la renovación de los términos en que se relacionan entre sí los países occidentales y éstos con la Unión Soviética, y con

Joan Garcés

los países árabes, e incluso con América Latina, constituiría una contribución a la Europa del futuro y no a la del pasado.

J. M.—En este sentido, la salida española del Sahara, ¿es positiva para esa Europa futura? ¿España ha jugado una baza importante en la Europa Occidental sin darse cuenta de la trascendencia de su actitud?

J. G.—La resolución última que adoptó a fines del setenta y cinco en relación con el Sahara es una demostración más de la subordinación de nuestra política internacional al criterio de las potencias capitalistas. Lo que habría que reprochar a España es que haya hecho más la política de Francia y Estados Unidos en relación a Marruecos y Argelia que no la política española. Por otro lado, ha infringido casi todos los acuerdos bilaterales que tenía establecidos en relación con el Sahara. Insisto en que hay que ver si España es capaz de replantearse sus relaciones internacionales. A la derecha española no le cabe otra posibilidad que seguir la política de Francia y Alemania Federal, bajo la batuta de Estados Unidos.

Mercado Común: sí con reservas

J. M.—¿Por qué la entrada en el Mercado Común es una reivindicación generalizada de todas las fuerzas que desean la implantación de la democracia en España?

J. G.—La entrada en el Mercado Común todavía no se ha producido. Vamos a ver cuándo y en qué términos tiene lugar. Porque lo que no cabe duda es que las fuerzas dominantes del Mercado Común ven en España un país que debe estar subordinado a ciertos intereses hegemónicos, que sea terreno de exportación para los productos industriales de los países más desarrollados y de exportación barata de materias primas y mano de obra cualificada. Esa es la real perspectiva capitalista como España es contemplada desde Europa Occidental. La pugna constante en Bruselas gira en torno a esto. Se pide que España baje los aranceles para los productos industriales europeos y, en cambio, que el Mercado Común siga discriminando nuestros productos agrícolas para evitar que entren en competencia con los agrícolas de su mercado. Detrás de la imagen vulgarizada del Mercado Común por parte de algunas fuerzas políticas españolas hay mistificación; por parte de otras, idealización, ocultando lo que en realidad es. Echo a faltar en las fuerzas políticas españolas contemplar con mayor realismo esta problemática. Hemos de defender también nuestros intereses. La economía española no depende más de la Europa Occidental que la de la Gran Bretaña o Noruega. Y, sin embargo, en estos países se sometió la entrada en el Mercado Común a referéndum. En el caso noruego la respuesta fue no, y tan europeos siguen siendo los noruegos ahora como antes. Es decir, las relaciones con el actual Mercado Común y las fuerzas que lo dominan deben ser estudiadas y discutidas muy cuidadosamente y no acentuar más unas relaciones de intercambio a corto y largo plazo perjudiciales para nuestra economía.

J. M.—Sin embargo, las resoluciones del Consejo de Europa o la actitud que han adoptado países europeos occidentales frente a España en determinadas ocasiones han sido asumidas por la oposición para presionar sobre los sectores inmovilistas o reformistas situados en el poder.

J. G.—Es un argumento que se oye a menudo, y yo digo que este argumento es falso, porque hace cuarenta años que las fuerzas que perdieron la guerra civil están buscando el apoyo de estos países para derrocar el régimen franquista, y los resultados de esta estrategia son suficientes para afirmar que estaba equivocada. Las fuerzas políticas capitalistas occidentales, aunque hayan condenado verbalmente el régimen de Franco, en los hechos siempre lo han respaldado. Esa es la pura verdad, y ahí están los hechos. Estados Unidos, Francia, Alemania Federal, con un Gobierno u otro, han respaldado a España política y económicamente, y no digamos militarmente. ¿Qué es lo que está pasando aquí? Yo creo ciertamente que la democracia va a imponerse dentro del Estado español, pero va a ser más como consecuencia de la lucha de las fuerzas internas y el desgaste del régimen franquista que no de las presiones extranjeras. Porque desde el año cuarenta y siete, y particularmente desde el año cincuenta y tres y el Tratado hispanoamericano, las fuerzas capitalistas occidentales han visto en España una garantía para luchar contra el comunismo y las fuerzas populares, y es lo que para ellas más les importa en términos geopolíticos. Muchas de las posiciones de las fuerzas socialdemócratas o liberales europeas en favor de una democracia en España están siendo financiadas por las relaciones económicas discriminatorias que esas mismas fuerzas, desde sus Gobiernos, han impuesto a la España de Franco y actualmente quieren imponer a la de Juan Carlos. Financian su bandera democratizadora en España con los millones de dólares que cada mes están sacándonos.

J. M.—Esta toma de postura es muy tajante en relación a los argumentos de la oposición española. Parece que está propugnando una profunda revisión de este tema por parte de los demócratas españoles.

J. G.—Yo no digo no al Mercado Común. Digo sí a unas negociaciones hechas con cuidado, y si los resultados son favorables, vayamos al Mercado Común. Pero no a ciegas. Debemos tener muy claras las posturas de los capitalistas europeos.

"Yo creo ciertamente que la democracia va a imponerse dentro del Estado español, pero va a ser más como consecuencia de la lucha de las fuerzas internas y el desgaste del régimen franquista que no de las presiones extranjeras".

Búsqueda de nuevos mercados

J. M.—De no ser ésta, ¿qué otra solución le queda a la economía española?

J. G.—Depende de la fuerza política que esté mandando en el país. Si es una fuerza social renovadora con capacidad de juego a nivel internacional, se pueden continuar las negociaciones con el Mercado Común y llegar a una integración. Pero al mismo tiempo debe explorar nuevos mercados con capacidad adquisitiva, que son fundamentalmente dos, Europa Oriental y los países extraeuropeos, que están en una situación de complementariedad con la economía española. Todo ello sin renunciar en absoluto a intercambios comerciales con Europa Occidental, pero en términos que no sean perjudiciales para España.

J. M.—¿Ha mantenido España unos contactos comerciales suficientes con el sector de habla hispana de Sudamérica? ¿O ha sido más el mito de la hispanidad que una realidad económica?

J. G.—En los últimos años se ha hecho un esfuerzo para pasar del mito a los hechos. Nuestro intercambio económico con América Latina todavía es bajo. Equivale a alrededor del diez por ciento de las exportaciones españolas. Con una política inteligente y hábil a mediano plazo este porcentaje se podría elevar. Aunque en este sentido tampoco cabe hacerse muchas ilusiones, dada la situación que atraviesan muchos de estos países actualmente y la influencia de Norteamérica y Alemania Occidental, que son los dos países que más exportan allá. No hay que olvidar a los países socialistas y a los árabes, ya que muchos de ellos tienen más capacidad adquisitiva que los latinoamericanos.

J. M.—¿Qué puede ofrecer España en el terreno económico?

J. G.—Nuestra capacidad exportadora no es nada desdeñable en el terreno de los productos industriales acabados y en el de los productos agrícolas, en comparación con alguno de los países occidentales.

J. M.—Si el Mercado Común está dominado por los intereses económicos norteamericanos, y por otro lado, España, aun estando fuera de él, ya posee un acentuado grado de dependencia de los Estados Unidos, ¿nuestra integración en la Comunidad Económica Europea acentuaría esta dependencia o reduciría su intensidad?

J. G.—Ciertamente, nuestro ingreso en el Mercado Común no va a suponer una reducción de nuestra dependencia de los Estados Unidos. En primer lugar, porque el capital americano está muy introducido, excesivamente introducido, en algunos de nuestros sectores económicos más vitales. Y en segundo lugar, porque en las empresas europeas la penetración de las multinacionales americanas ofrece idéntica situación.

J. M.—Para finalizar, ¿no cree que la imagen política que obtendríamos con nuestra integración europea es más importante que los términos económicos que se establezcan tras una negociación?

J. G.—Hay que diferenciar el terreno político del económico, efectivamente. Desde el punto de vista político puede significar la imagen de que España ha pasado de la autocracia a la democracia liberal, opción que para mí no ofrece dudas. Ahora bien, no podemos hacerle pagar al país la democratización en términos liberales a cambio de un perjuicio económico monstruoso. Me parece esto un error craso que pagaríamos todos de una forma u otra a corto plazo. Otra cosa es que, en términos económicos, haya que diferenciar aquellas fuerzas e intereses económicos que en España saldrían ganando con esta integración si es bien negociada. Por ejemplo, los sectores exportadores agrícolas, y esto hay que defenderlo. ■